



SIMONE MORO

Estrellas EN EL
ANNAPURNA

Primera obra escrita del alpinista de fama internacional Simone Moro en la que se aventura al relato de sus vivencias durante la dramática expedición invernal al Annapurna en 1997. En ella sus dos compañeros Dimitri Sobolev y Anatoli Bukreev mueren sepultados por una avalancha, mientras Moro, que es arrastrado más de 800 metros, milagrosamente sobrevive. El dolor de sus terribles heridas es superado por la desesperación que la pérdida de su querido amigo le hace sentir. Por eso «Estrellas en el Annapurna» es un relato íntimo y directo que nos hará sentir el frío y el cansancio, la soledad y la desesperación, el miedo a la muerte y la alegría de sentirse vivo... Un homenaje a su amor por la montaña y al recuerdo imborrable de un amigo que permanecerá siempre vivo en su corazón. Si el año 1996 fue el año de la tragedia en el Everest, de la que tanto Bukreev como Krakauer publicaron sus historias, 1997 es el año de la tragedia en el Annapurna. El superviviente fue entonces Bukreev; un año después lo fue su amigo Moro el que nos emociona y nos conmueve.

Prólogo

La decisión de publicar este libro no ha sido fácil. Era algo que nunca había hecho antes y desconocía cómo escribir un libro y los aspectos de su comercialización. Lo que siempre me había impedido involucrarme con los editores era, sobre todo, mi propia convicción de que no había nada especial o inusual sobre mí, o mi vida, como para merecer la pena escribir o ser leído.

A pesar de haber participado en más de veinte expediciones de montaña y haber practicado la escalada deportiva durante veinte años, todavía creo que escribir sobre uno mismo y exponerse a los lectores es un acto de vanidad que implica un riesgo elevado de sobrevaloración de las propias experiencias. Siempre he odiado a los aprendices de escritor que muy pronto se consideran expertos del mundo real, y viceversa.

Seguiría manteniendo esa distancia con los editores si no hubiera sido por los cientos de preguntas a las que he tenido que responder desde que, en 1997, tuvo lugar mi trágica expedición invernal al Annapurna, montaña de 8091 metros, en el Himalaya.

Todos los años doy al menos una veintena de conferencias y presentaciones de diapositivas en Italia y por todo el mundo, describiendo mis expediciones y ascensiones. Siempre hay muchas —y bienvenidas— preguntas sobre esta expedición, en particular sobre la especial amistad que me unía al montañero kazajo Anatoli Bukreev.

Desde 1997 he recibido múltiples invitaciones de editoriales, pero, tras los primeros intentos de enfocar todo lo

que ocurrió entonces, me encerraba en una burbuja de silencio. No quería ganar dinero con esto, a costa de la tragedia que afectaba a la muerte de un amigo, y decidí no aprovechar los críticos meses posteriores al accidente para contar mi versión de este triste suceso. Lo estoy haciendo ahora, después de lo mucho que ya se ha escrito sobre Anatoli Bukreev y tras la publicación de sus dos libros. También se ha hablado en numerosas ocasiones de la ascensión al Everest en 1996, cuando unas terribles condiciones meteorológicas provocaron la muerte de unos montañeros. Si mi amigo kazajo no hubiera estado en esa montaña aquel día, mucha más gente habría muerto.

A pesar de lo difícil que ha sido para mí tomar la decisión de publicar este libro y tratar con editores durante estos años, me ha resultado, sin embargo, muy sencillo e incluso necesario sentarme delante del ordenador a rememorar lo que ocurrió hace cinco años^[1] y revivir el fatal accidente de aquellas Navidades de 1997. Pocos meses después de volver de la expedición, las severas lesiones en mis manos habían cicatrizado. Lo que todavía me dolía era la herida abierta que tenía en mi interior, que me provocó la necesidad vital de pensar sobre lo ocurrido y sobre los momentos anteriores. Significaba revivir un mes entero de extremas dificultades y de esfuerzo físico en la montaña, así como los meses anteriores de preparación, las sesiones de entrenamiento y las numerosas reuniones y contactos con posibles patrocinadores para la expedición.

La mejor manera de hacer este análisis y recoger mis pensamientos era ponerlo todo por escrito. Así que éste fue el método adoptado para dar contenido a las imágenes mentales que tenía de mí y de mis compañeros en el Annapurna, y lo que estás leyendo es la versión impresa de una gran parte de estos esfuerzos. No he rellenado estas páginas con pormenorizadas descripciones o escribiendo capítulos enteros sobre los paisajes, o describiendo cuáles eran nuestros sentimientos. Tal vez esto sería más atractivo y

profesional desde el punto de vista editorial, pero escribí esta historia para mí mismo, respondiendo y explicando todas esas preguntas con las menos florituras posibles. Los amantes del suspense o la épica se sentirán decepcionados. Este público podría encontrar mi libro útil para calzar una mesa que cojea o para protegerse la cara del sol en una siesta por la tarde en el jardín.

De todos modos, espero que tanto aquellos que acudieron a mis conferencias y no les quedaron claras mis descripciones, como los que no saben nada de mí de antemano, tengan una idea diáfana de lo que pasó cuando terminen este libro.

Primera parte. El nacimiento de un montañero

No puedo dar por sentado que todo el mundo sabe quién soy y conoce mi trayectoria deportiva, o la historia de Anatoli, antes de que nos encontrásemos, en mitad del invierno, en el Himalaya.

Nunca pensé que fuese necesario hablar de tales asuntos, pero me he dado cuenta de que toda nuestra aventura era en realidad la consecuencia lógica de nuestra madurez y de todas las emociones vividas a lo largo de nuestras vidas. Por lo tanto, he decidido no dejar a la imaginación del lector ni mi personalidad ni mis experiencias, sino dar una breve visión de los principales acontecimientos que hicieron posible que tuviera experiencias muy diversas, disfrutara de la amistad del montañero^[2] de Kazajistán y realizara numerosas ascensiones a las cumbres de mis sueños.

Mi pasión

Un sábado por la tarde, estaba en el garaje de casa, con la cabeza metida dentro de un viejo armario, curioseando entre lo que había pertenecido a mi abuelo (de quien tengo una fotografía con cuerda y un piolet...), jugando con el equipo de escalada de mi padre, quien se había matriculado en un curso de montañismo en el Club Alpino de Bergamo (CAI). Durante años escaló muchas montañas, y nos había llevado a mis dos hermanos y a mí a las montañas cercanas a nuestra casa y a los Dolomitas. A estas inolvidables excursiones familiares a menudo acudía mi madre, tal vez la más apasionada de todos nosotros, pero cuando la dificultad y la exposición de estas caminatas empezó a aumentar porque hacíamos vías ferratas, se vio obligada a venir con menos frecuencia. Entonces se convirtió en la organizadora de los festines reales que siempre esperaban a los cuatro lobos hambrientos a su regreso a casa, o al camping, después de sus escaladas.

Mi padre estaba muy contento, pero también preocupado, por las crecientes ganas de sus tres hijos por escalar y decidió ser un poco menos autodidacta y aprender las técnicas básicas de escalada con cuerda, con el propósito de darnos serios consejos, en lugar de advertencias sin sentido que siempre empezaban y terminaban con un «¡Ten cuidado!». Eso fue lo que le movió a hacer aquel curso, así como a continuar con sus modestas escaladas, e invirtió en nuestro equipo de escalada.

Por estos motivos tenía la cabeza metida en el armario. Soñaba también con dejar de ser sólo un escalador de ca-

bles de acero y vías ferratas y poder dar rienda suelta a mi entusiasmo, moviéndome libre por las paredes rocosas, subiéndome por las líneas dibujadas sólo en la mente de un pionero. En otras palabras, ya no me conformaba con ser un mero caminante, soñaba con ser un auténtico escalador.

Ese día, mi padre bajó al garaje y me vio con todo el equipo colgando a mi alrededor mientras imitaba los movimientos de un escalador. No era la primera vez que me observaba. A diferencia de mis hermanos, a medida que crecía yo me sentía cada vez más atraído por todas las superficies verticales, por el riesgo y por los deportes que requiriesen extenuantes esfuerzos físicos y el uso de las manos. Se acercó a mí y me dijo con una sonrisa:

—Mañana te voy a llevar a escalar a Cornagera, la escuela de escalada cercana a Selvino. Saca todo el material del armario, que lo vamos a ordenar; y quita esa escalerilla que tienes enganchada a la tubería del gas del techo, que te he visto engancharte a ella. ¡Vas a hacer que salgamos por los aires uno de estos días! Esta tarde iremos a la misa de sábado para que podamos salir mañana por la mañana temprano.

Apenas podía creer lo que estaba escuchando. Iba a trepar como un escalador de verdad, atado a una cuerda de verdad, seguramente podría usar alguna clavija... Así fue cómo empezó mi carrera como escalador; al principio con toda la familia, luego con mi padre en Cornagera, en una serie de torres de 25 metros de roca caliza que ha sido el lugar de entrenamiento de varias generaciones de escaladores de Bérgamo.

Todavía recuerdo aquella primera salida como un auténtico escalador. Ni tan siquiera paré a comer y pregunté a todo el mundo si era posible que pudiera meter algún seguro. Lo quería hacer con todas mis ganas, porque pensaba que eso simbolizaría mi unión con las rocas y con el mundo del montañismo.

Mi padre empezó a subir una de las torres más altas y se detuvo a cinco metros de llegar a lo alto de una de ellas, esperándome. Cuando llegué hasta él, me pasó su martillo y una clavija, y me dijo:

—Ahora escala tú primero. Coloca un pitón arriba para reforzar la reunión. Hazme una señal cuando pueda empezar a subir.

Era un largo sencillo, pero bastante expuesto. Las maniobras con cuerdas y mosquetones me las sabía de memoria tras haber leído varias veces los manuales, practicar en casa y usarlos en las vías ferratas con mis hermanos.

De este modo, el Torrione Garlini, en Cornagera, se convirtió en la primera escalada de un adolescente normal de trece años llamado Simone Moro.

En los años posteriores a este primer contacto con la escalada, los elementos que conformaron mi crecimiento fueron el colegio, la escalada, otros deportes de competición, jugar, mi familia y mi fe.

Lo que hicimos aquel domingo me causó una profunda impresión, y a pesar de que mis actividades deportivas nunca se habían limitado a una sola disciplina, siempre volvía con mucho entusiasmo a las superficies verticales. Muchas personas me han dicho que podría haber tenido el mismo éxito en otros deportes mucho más lucrativos que al que ahora me dedico, pero nunca he considerado seriamente la idea.

Tuve algunas tentaciones de seguir los pasos deportivos de mi padre, pero él hizo prácticamente todo lo que pudo para que yo no siguiese lo que él describía como «trabajos de Hércules». Mi padre fue un ciclista con mucho éxito. Corría todos los domingos en carreras ciclistas de aficionados en las que lo único fácil de ellas era el nombre. En aquella época, la gente ya solía entrenar todos los días a una velocidad media de 40 km/h. Salía a menudo con mi padre, y él estaba más preocupado de verme cerca de una bici que encordado. En resumen, tenía miedo de que sus éxitos in-

fluyeran en mí (en 1976 fue campeón provincial, regional y campeón italiano), y a pesar de que yo era bastante bueno sobre la bici, me disuadió de mi empeño ciclista.

Doce años después de aquella estimulante escalada dominical a la edad de trece años, me encontraba a bordo de un avión rumbo a Katmandú, con el objetivo de subir una de las cumbres más altas de la Tierra.

Dicho así, puede parecer una decisión precipitada e imprudente, pero el periodo de tiempo que separa estos dos momentos fundamentales en mi vida está repleto de días en las montañas, en las grandes paredes rocosas, con profesores que, después de mi padre, me enseñaron a perfeccionar mi técnica y mejorar mis habilidades.

Después de mi primer año de escalada, Alberto Consonni tomó el relevo de mi padre. Durante el año siguiente hice con él las primeras vías en grandes paredes, escalando de segundo con botas rígidas, y luego fui avanzando y utilicé un calzado más flexible y moderno, lo que ahora se llaman pies de gato. Los Dolomitas y las montañas de alrededor de Bérgamo y Lecco fueron nuestro campo de acción.

Fue durante esos años cuando la escalada libre (ahora reconocida y regulada como un deporte de competición) hizo su aparición. Como joven aventurero que era, inmediatamente me sentí muy atraído por esta nueva modalidad, que evita en la medida de lo posible el uso de clavos y otras ayudas artificiales.

Alberto entendió esta poderosa llamada y no tuvo ningún inconveniente en que yo decidiera seguir por ese camino. Pronto superé las habilidades técnicas de mi amigo. Mi edad y la cantidad de tiempo libre de que disponía me ayudaron mucho a progresar rápidamente.

Bruno Tassi, conocido como *Camos* (cabra montesa), fue el tercero y más importante de mis maestros. Tenía un método de enseñanza muy particular. Era menos protector y flexible que sus predecesores, pero muy efectivo. Uno tenía simplemente que aceptar el papel de alumno incondi-

cional y nunca esperar largas ni frecuentes felicitaciones. Uno siempre podía hacerlo mejor.

En este periodo de mi carrera deportiva solía pedalear hasta un lugar llamado Nembro, una cantera abandonada que se había convertido en el lugar más cercano a Bérgamo para la práctica de la escalada en roca. Sólo está a 25 km ida y vuelta, más o menos, y fue el escenario de mis extravagancias juveniles. La más sensacional de todas fue el ascenso, con pitones y sin cuerda, de una ruta equipada y bautizada por mí *Uscita di sicurezza* (Salida de emergencia), graduada como 7c, o grado IX^[3]. Esta vía no cuenta con ninguna repetición hoy en día, ni tan siquiera en *top-rope*, lo que me hace dudar acerca de su dificultad... en aquellos bonitos días antes de la mayoría de edad.

Gracias a Dios, todos estos impulsos salvajes llegaron a su fin debido al encuentro con *Camos*, quien, además de ser uno de los precursores históricos de la escalada libre en Italia, era también un incansable aperturista de rutas en libre. Continuamente lo pagaba todo de su bolsillo, equipando rutas nuevas y seguras para la práctica de la escalada libre. Los pitones y las reuniones sólidas eran necesarios para proteger a los escaladores y mantenerlos anclados a la pared, pero las manos y los pies tenían que estar siempre y obligatoriamente en la roca. ¡Pobre de ti, si utilizabas una clavija para agarrarte a ella o, peor aún, si tenías miedo de caerte!

—Es como saltar desde un avión sin confiar en tu para- caídas —solía decir *Camos*.

—Yo mismo puse los seguros, y lo hice correctamente, para que aguantasen en caso de caída. Además, hoy día las cuerdas están hechas a prueba de bombas.

—Si tienes miedo a caer, es mejor que lo dejes. Si te gusta, voy a enseñarte a no tener miedo —me advertía *Camos*.

De este modo, a menudo me encontraba atado a una cuerda y saltando desde puentes (hoy a esto se le llama *bungee-jumping*, pero nosotros ya lo practicábamos por aquel entonces), o escalando vías equipadas por *Camos* desde las que luego me lanzaba al vacío para ganar confianza y demostrarme a mí mismo, pero sobre todo a mi instructor, que yo no tenía miedo.

Puedo afirmar, sinceramente, que hoy día no tengo miedo a caerme de ninguna vía, siempre y cuando los seguros estén bien puestos. Al final, tanto lanzarse tuvo su resultado.

Con *Camos* llegó el muy difícil grado octavo (X+), y las competiciones de escalada. Nunca he estado en lo más alto del podio, siempre me quedaba bastante por debajo, entre los ocho primeros, y eso hacía que *Camos* estuviera satisfecho...

Siempre volvía a las montañas, especialmente a los Dolomitas. Me acuerdo de cuando tenía diecisiete años, yendo en moto con mi amigo Tiberio Riva para subir la vía *Comici* en la Cima Grande di Lavaredo. Llevé a cabo muchas hazañas similares a lo largo de los años, la mayoría de las veces sin que mis padres lo supieran...

También comencé a practicar la escalada en hielo, y durante mis dos años en el servicio militar, como oficial en un regimiento alpino, tuve la oportunidad de convertirme en instructor de escalada y de hacer numerosas ascensiones en las grandes montañas de los Alpes.

Fue así como una simple, variada y a veces extraña formación como montañero me llevó a embarcarme en aquel avión rumbo al Everest durante el otoño de 1992. Durante años, los libros de Reinhold Messner habían estado en mis estanterías, y sus pósteres, junto con algunas fotografías del famoso escalador Maurizio Zanolla, *Manolo*, adornaron la cabecera de mi cama. Ambos eran los ídolos que me inspiraban, y a los que un día quería conocer.

Por encima de los 4000 metros

La expedición a Katmandú, con fines deportivos y científicos, estaba patrocinada, entre otros, por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas Italiano (CNICI), y, junto con los objetivos puramente alpinísticos, se quería llevar a cabo una investigación científica.

La expedición fue un éxito, al menos en lo que a la montaña se refiere. En cuanto a los aspectos científicos, nunca fui capaz de entender o ver los resultados de todas las muestras de sangre y pruebas de tensión que nos realizaron por encima de los 5000 metros. Después de la expedición de 1992 participé en otra en el año 1994, también a cargo del CNICI, al Lhotse (8516 m). Por aquel entonces, estaba estudiando la carrera universitaria de Educación Física. También estaba interesado en los efectos que la altitud tiene sobre el organismo. Pero al final nunca recibí ninguna documentación o información relativa a la investigación. Tal vez yo no tuviese derecho a ella; sin embargo, pude conocer a algunos científicos de primer nivel y apreciar su trabajo profesional. Lo que sé acerca de sus experimentos lo averigüé al comprar revistas científicas extranjeras y leyendo artículos científicos, o a través de las informaciones directas del doctor Colombini, de quien guardo un gran recuerdo.

En lo que a mí respecta, la primera expedición al Everest fue mal porque tuve un principio de edema cerebral a 7400 metros, ya que había acortado el tiempo necesario para que mi cuerpo se adaptara a esa gran altitud. Me había estado moviendo mucho, rápida y enérgicamente, has-

ta aquella noche en el campo III, cuando me puse muy enfermo.

Giuseppe Petigax, Edmond Joyeusaz y Marco Barmasse fueron los compañeros y amigos que me bajaron hasta una altitud inferior, dándome la oportunidad de recuperarme y sobrevivir. Nunca he olvidado lo que hicieron por mí y estoy muy satisfecho de haber podido devolver ese mismo favor a otra persona en el año 2001, seiscientos metros más arriba y en esa misma pared. El rescate que llevé a cabo diez años más tarde, en solitario, sin oxígeno y por la noche, brindó la oportunidad de seguir con vida a un joven inglés al que no conocía por entonces y que se encontraba en estado crítico, justo como yo me encontraba años atrás. Gracias a que mis amigos me rescataron, yo pude salvarle.

Durante la expedición de 1992 comenzó mi amistad con Lorenzo, que era un año mayor que yo. Su apellido era Mazzoleni y era muy conocido en los círculos de escalada en Lecco —y no sólo allí— como un joven y prometedor escalador de espíritu generoso y talento en la montaña. Era el típico chico con el cual es fácil llevarse bien, ya fuese encordado en una pared de roca, ya fuese bailando en una discoteca. Siempre estaba alegre y dispuesto, y era un entusiasta de la vida. El alpinismo era una parte de su vida, pero no la totalidad de ella.

Con Lorenzo planifiqué mi segunda expedición, y el objetivo era ciertamente muy ambicioso. Queríamos ser los primeros en escalar la temible cara Sur del Aconcagua, una pared de casi 3000 metros, en el invierno austral. Teníamos la intención de seguir la ruta trazada por Messner años atrás y queríamos hacerlo en estilo alpino, sin establecer campos de altura y sin emplear cuerdas fijas.

Un periodo de frío intenso era sin duda lo que nos estaba esperando, así como una escalada de extrema dificultad técnica. El 5 de julio nos fuimos a Argentina, acompañados por nuestro amigo Alberto Montanelli. Ésta fue la expedición en la que tuve mis primeras experiencias dramáticas.

Este tipo de momentos han llamado a mi puerta dos veces desde entonces, la segunda vez sería en las Navidades de 1997.

El Aconcagua, de 6962 metros, es el pico más alto de todo el continente americano, y es bastante fácil de escalar si se aborda desde la cara Norte, pero extremadamente difícil desde la cara Sur, el lado que habíamos elegido.

Hizo muchísimo frío y viento durante toda la expedición. Utilizamos esquís de travesía para cubrir los 40 km que había más o menos desde la carretera más cercana a la base de la pared. Repetimos los porteos varias veces para transportar todo el material necesario, establecernos en el campo base y sobrevivir durante el tiempo que durase esta expedición.

La bienvenida que nos dio el Aconcagua con su clima infernal fue en forma de una tremenda tormenta que arrasó el campo base, y destruyó dos de nuestras tiendas de campaña. Nos vimos obligados a cavar plataformas por debajo de algunas grandes rocas y levantar allí nuestro nuevo campamento. Pedimos prestada otra tienda al guarda del parque, con la promesa de utilizarla en la montaña y devolvérsela de una sola pieza.

En Mendoza compré un termómetro de madera, capaz de registrar temperaturas de hasta $-50\text{ }^{\circ}\text{C}$, confiando en que nunca llegaría, ni de lejos, a su tope. Nos volvimos a equivocar al establecer el campo base donde lo hicimos. La mañana en que salimos hacia la pared para empezar nuestra escalada el termómetro marcaba $-46\text{ }^{\circ}\text{C}$.

Esa misma mañana, no sé si por los nervios o porque era una demanda fisiológica normal, tuve la necesidad de vaciar mis entrañas antes de empezar a escalar la cara Sur del Aconcagua. Por otro lado, estaba contento de que esto hubiese ocurrido antes de empezar a escalar y no en mitad de la pared.

Lorenzo y yo teníamos unos trajes nuevos y extremadamente calientes para las grandes altitudes, de color amari-